

Seminario del 26 enero 2017

Universidad de Navarra, Pamplona

Catalina Hynes (Universidad Nacional de Tucumán- GEP Argentina)

Contacto: catyhynes@gmail.com

La búsqueda de la verdad según C. S. Peirce

1. Introducción

El objetivo de este trabajo es compartir con ustedes los principales resultados de mis investigaciones sobre la verdad en Peirce, investigaciones que han sido guiadas y apoyadas por Jaime Nubiola, a quien debo más gratitud y afecto del que aquí puedo expresar.

Asombra un poco al lector el hecho de no encontrar en Peirce un tratamiento exhaustivo de la cuestión de la verdad, siendo ésta —como creo que es— una noción clave de su trabajo; y no solo del suyo. Puede decirse, con Aristóteles, que la filosofía es la ciencia teórica de la verdad. Sin embargo, Peirce dedicó muchísimas páginas a temas técnicos de la lógica, por poner solo un ejemplo, mientras que no hizo lo mismo con la noción de verdad. Los textos en los que se ocupa de ella están sembrados a lo largo y a lo ancho de toda su obra y es menester paciencia para recogerlos y sopesarlos. En efecto, la dispersión cronológica ha sido motivo de no pocos malentendidos sobre su pensamiento tocante a la verdad.

Al parecer no experimentó la necesidad de justificar demasiado su noción de verdad ni de confrontarla con la de otros filósofos. Una explicación plausible para este escaso tratamiento del tema podría ser de carácter histórico: durante la vida de Peirce, era incuestionable que las ciencias tienen como objetivo la búsqueda de la verdad. Hacia 1915 todavía podía decir José Ortega y Gasset sin ocasionar ningún escándalo: *“Flotan las ciencias en la inmensa suposición de la verdad”* (“A qué llamamos verdad”). Pienso resulta razonable creer que Peirce no considerara problemática su tesis de la verdad como fin de la investigación científica. De ahí que se muestre siempre bastante conforme con su caracterización de esta noción.

El corazón de la noción peirceana de verdad puede encontrarse en la siguiente afirmación:

La opinión destinada a que todos los que investigan estén por último de acuerdo en ella es lo que significamos por verdad, y el objeto representado en esta opinión es lo real. (CP 5.407, 1878)

Peirce sitúa desde el comienzo su noción de verdad en relación con la actividad humana de averiguar cómo son las cosas, esto es, con la investigación. No debe confundirse, sin embargo, esta mención de la investigación con un burdo cientificismo. Para Peirce tanto la metafísica como la ética y la estética son ciencias. Todas ellas se nutren de la experiencia aunque no de la misma manera.

A lo largo del extenso camino filosófico de Peirce aparecen importantes desarrollos que impactan de lleno en nuestra interpretación de la noción de verdad. En lo que sigue intentaré brindar el itinerario cronológico de la noción peirceana de verdad en sus mojones más destacados.

2. La noción de verdad en la Reseña de las *Obras de Berkeley* de Fraser

El filósofo irlandés George Berkeley¹ (1685-1753) merece, sin lugar a dudas, que se haya bautizado con su nombre una ciudad, una universidad y hasta un sistema operativo de computación. Escribió bellamente² sobre problemas interesantísimos, fue un psicólogo experimental de primera magnitud, se adelantó a los problemas actuales de la neurología de la conciencia y, además de ser representante del empirismo británico, podría considerársele el precursor de la filosofía analítica. No resulta extraño, entonces, que Peirce haya celebrado la aparición de sus obras completas en 1871, editadas por Alexander Campbell Fraser³, ni que haya hecho una entusiasta reseña de las mismas que constituye un verdadero tratado filosófico⁴. Para nuestros fines, la reseña presenta sumo interés pues en ella aparece formulada explícitamente la noción peirceana de verdad y una suerte de protomáxima pragmática.

Peirce cree necesario comenzar con unas páginas sobre la controversia medieval de los universales porque piensa que la metafísica medieval “ha estado (...) completamente olvidada y tiene una conexión histórica (...) estrecha con la moderna filosofía inglesa y (...) repercusión en la verdad de la doctrina de Berkeley” (EP1: 85, 1871). Al presentar esta disputa, Peirce introduce

¹ Nació en los alrededores de *Kilkenny* —Irlanda— el 12 de marzo de 1685; su familia era de origen inglés. A los ocho años era, según él, “desconfiado y, por ende, naturalmente inclinado hacia las nuevas doctrinas”. Cuando ingresó *Trinity College* de Dublín (en 1700) fue el único alumno registrado directamente en segundo año. Allí cursó estudios eclesiásticos en la fe anglicana y permaneció como profesor un tiempo. Fue sacerdote y luego Obispo de Cloyne (1734). Murió en Oxford en 1753.

² Berkeley comenzó precozmente a publicar su pensamiento, cuando apenas tenía 22 años apareció en forma anónima: *Aritmética absque Algebra aut Euclide demostrata* (1707), luego seguirían 23 obras más, entre ellas cabe destacar: *Essay Towards a New Theory of Vision* (1709), *Treatise concerning the Principles of Human Knowledge* (1710), *Three Dialogues Between Hylas and Philonous* (1713), *De Motu* (1721), *Alciphron, or the Minute Philosopher* (1732), *Siris: A Chain of Philosophical Reflections and Enquiries concerning the Virtues of Tar-Water*.

³ *The Works of George Berkeley, D. D. formerly Bishop of Cloyne: including many of his writings hitherto unpublished*, 4 vols., A. C. Fraser, ed., Clarendon Press, Oxford 1871.

⁴ La recensión de Peirce se publicó en *The North American Review* en octubre de 1871. El texto puede leerse en *W2*, pp. 462-487 y en *EP1*, pp. 84-105. Es la más importante de las numerosas reseñas que Peirce escribió.

además un extendido elogio de los escolásticos. Creo que no se debe solamente a su gran admiración por ellos sino que intenta, abundando en detalles, que sus contemporáneos puedan mirar más allá de los prejuicios anti-medievales que la filosofía de la Ilustración⁵ sembró por doquier. Piensa que las obras más representativas del Medioevo son las catedrales góticas y las *summas*, y que ambas son un ejemplo de auto-sacrificio en aras del bien de la comunidad:

Los hombres de aquella época creían firmemente y pensaban que valía la pena renunciar aquí a todos los placeres de la vida en aras a dedicarse por completo a la tarea enorme de construir y de escribir. Pensemos en el espíritu con que debió de trabajar Duns Escoto, que antes de los 34 años había escrito sus trece volúmenes in folio, en un estilo tan denso como las partes más densas de Aristóteles. Nada es más sorprendente en las dos grandes producciones de aquella época que la total ausencia de engreimiento por parte del artista o del filósofo. Lo que éste nunca concibió es que pudiera añadirse algo de valor a su católica y sagrada obra infundiéndole un toque de individualidad. Su obra no está diseñada para encarnar *sus* ideas, sino la verdad universal (...) Y con independencia de lo escondido y pequeño que pueda ser un detalle, ha sido estudiado concienzudamente como si fuese planeado para los ojos de Dios. (*EPI*: 86-87, 1871)⁶

En su encomiástica descripción se puede ver que no mira a los escolásticos con una visión sencillamente romántica sino que tiene motivos filosóficos subyacentes. Un *leitmotiv* importante de toda su obra es oponerse al egoísmo individualista, denominado por él como “Evangelio de la avaricia” (en oposición al Evangelio del amor), que impera en la sociedad de su tiempo —y seguramente también en la nuestra— y pasa por “científico” en las teorías económicas dominantes. Habrá que optar, entonces, entre el bien supremo de la comunidad y el interés individual:

Así la cuestión del realismo y el nominalismo tiene sus raíces en los tecnicismos de la lógica, sus ramas alcanzan toda nuestra vida. La cuestión de si el género homo tiene alguna existencia salvo como individuos, es la cuestión de si hay algo de mayor dignidad, valor e importancia que la felicidad individual, las aspiraciones individuales y la vida individual. Si los hombres tienen algo realmente en común, entonces la comunidad debe ser considerada un fin en sí misma, y si es así, cuál es el valor relativo de los dos factores, es la cuestión práctica más fundamental respecto a toda institución cuya constitución esté en nuestro poder influenciar. (*EPI*: 105, 1871)

En estos textos tempranos de Peirce presenciamos un cambio de paradigma en la filosofía: el paso del “yo” al “nosotros”. Peirce da un paso crucial mostrando las raíces comunitarias del carácter razonable del ser humano, dejando atrás a un tiempo al *cogito* cartesiano y a la autoconciencia

⁵ No se trata de deshacer el prejuicio simplemente porque se está en desacuerdo con él, lo importante es que estos prejuicios detuvieron el avance de la lógica, por ejemplo. En efecto, en tiempos de Peirce hubo que redescubrir muchos de los logros de los escolásticos en esta disciplina porque la Ilustración los había sumergido en el olvido, relegándolos al arcón de la Edad “oscura”. Casos como éste harán que Peirce, en su madurez, establezca como regla de la razón, la siguiente: “A esta primera, y en cierto sentido única, regla de la razón, que para aprender se debe desear aprender, y al desearlo, no quedarse satisfecho con lo que ya se está inclinado a pensar, le sigue un corolario que por sí mismo merece ser inscrito en cada pared de la ciudad de la filosofía: No bloquear el camino de la investigación”. (*CP* 1.135, 1899)

⁶ Utilizo la traducción castellana de José Vericat disponible en <http://www.unav.es/gep/ObrasBerkel.html>

trascendental kantiana. Es por esto que la comunidad⁷ de investigadores desempeña, en la filosofía de Peirce, un papel central a la hora de caracterizar la noción de verdad. Si bien ya había adelantado esta noción en la *Cognition Series*, la formula ahora, por primera vez, de forma explícita. Vale la pena citar *in extenso* el párrafo:

Toda opinión y pensamiento humano contiene un elemento accidental, arbitrario, dependiente de las limitaciones de las circunstancias, del poder, y de las inclinaciones del individuo, en suma, un elemento de error. Pero, a la larga, la opinión humana tiende universalmente a una forma definida, que es la verdad. Hagamos que todo ser humano tenga la suficiente información y ejercite lo bastante el pensamiento sobre cualquier cuestión, y el resultado será el de que llegue a una cierta conclusión definida, que será la misma que la que, bajo circunstancias suficientemente favorables, alcance cualquier otra mente (...) Hay, pues, para cada cuestión una respuesta verdadera, una conclusión final hacia la que gravita constantemente la opinión de cada hombre. Puede sustraerse a la misma por un tiempo, pero démosle más experiencia y más tiempo de reflexión y finalmente se aproximará a ella. Puede que el individuo no viva lo suficiente para alcanzar la verdad; en todas las opiniones individuales hay un residuo de error. No importa, lo cierto es que hay una opinión definida, hacia la que tiende, en conjunto y a la larga, la mente del hombre. (*EPI*: 89, 1871)

Esta es la noción de verdad que Peirce defenderá toda su vida. Ella aparecerá bajo diversas formulaciones según el contexto. Cuando Peirce desarrolle su semiótica tendrá herramientas teóricas para precisar los diversos aspectos de su noción pero el núcleo de esta concepción permanecerá. Muy esquemáticamente podemos adelantar desde ahora que las diversas formulaciones de la noción de verdad en Peirce ocasionarán desconcierto entre sus lectores, al punto de convertirse en un problema el determinar qué noción de verdad sostiene realmente Peirce. En mi trabajo se defiende la unidad de la noción de verdad a lo largo del desarrollo de la obra filosófica peirceana.

Esta reseña es también importante en relación con el pragmatismo de Peirce. Cuando discute la filosofía de Berkeley, entre otras reflexiones, critica el desatino que significa la propuesta berkeleyana de desestimar como inexistentes aquellas cosas de las cuales no podemos formarnos una idea, *i. e.*, la materia (porque es una idea abstracta y según Berkeley no tenemos el poder de abstracción). Si fuésemos a seguir el consejo de Berkeley, la ciencia se paralizaría, tendríamos que renunciar en matemáticas, por ejemplo, a las cantidades negativas, a la raíz cuadrada de *minus* y a los infinitesimales “sobre la base de que no podemos formar idea alguna de tales cosas”. Peirce coincide con Berkeley en que muchas discusiones tienen un origen en discrepancias semánticas y es necesario esforzarse para encauzar el diálogo, pero propone un remedio diferente:

Una regla mejor para evitar los equívocos del lenguaje es esta: ¿Cumplen las cosas prácticamente la misma función? Entonces que las signifique la misma palabra. ¿No la cumplen? Entonces que se distingan. (*EPI*, 102, 1871)

⁷ Para un estudio detallado de la noción peirceana de comunidad se puede consultar el excelente trabajo de David Carnicer: *Comunidad y cooperación en Charles Sanders Peirce (Lectura Ética del Sentido Común Crítico)*, tesis doctoral presentada en 2003 en la Universidad de Valencia, disponible en: <http://www.unav.es/gep/TesisDoctorales.html>

Fueron sus reflexiones sobre el método de Berkeley las que condujeron a Peirce a formular el principio del pragmatismo. Aunque esta formulación no es tan cuidada como lo será la de 1877 sin embargo contiene en germen la idea de que el significado de las palabras debe buscarse en las funciones prácticas que cumple y que se debe “aprender a reconocer el concepto bajo cualquier disfraz” mediante la familiaridad con un gran número de casos en los que aparece. Cuarenta años después, Peirce dirá al respecto:

En 1871, en un Club Metafísico en Cambridge, Massachusetts, solía predicar este principio como un tipo de evangelio lógico, representando al método no formulado que siguió Berkeley, y en una conversación sobre él lo denominé "Pragmatismo". (CP 6.482, 1908)

Este “principio del pragmatismo” tiene robustas raíces empiristas pero no cae en la estrechez que luego podremos ver en el principio verificacionista del significado, típico del positivismo lógico, con el cual podría confundirse. Las afinidades, claro está, radican en estas raíces empiristas comunes. Peirce desarrolló una filosofía que anticipó mucho del desarrollo del empirismo del siglo XX y sorteó con éxito las muchas trampas en la que éste cayó más tarde. Veamos ahora el siguiente paso en el desarrollo de esta noción.

3. La verdad como meta de la investigación en las “Ilustraciones de la lógica de la ciencia”

En los años que siguieron a las reuniones del Club Metafísico, Peirce trabajó en precisar sus ideas, revisó su teoría de la realidad tanto como los métodos para conducir el intelecto y la naturaleza de los signos. Hacia 1873 comenzó a bosquejar un gran libro de lógica (“The Logic of 1873”) que nunca concluyó. Entre los borradores se encuentran importantes páginas que luego serán incorporadas a los célebres artículos “La fijación de la creencia” (1877) y “Cómo aclarar nuestras ideas” (1878), ambos escritos originalmente en francés y publicados en *Popular Science Monthly*. Peirce contribuyó a la revista con seis artículos que se denominaron “Ilustraciones de la lógica de la ciencia”⁸.

“La fijación...” trata acerca de los métodos de la investigación, tema que obsesionó a Peirce durante, al menos, cuarenta años. Presenta a la indagación como una actividad tendiente a calmar la irritación que produce en nosotros la duda: “La irritación de la duda causa una lucha por alcanzar un estado de creencia. Llamaré a esta lucha *indagación* (inquiry), aunque debo admitir que no es esta con frecuencia una designación muy adecuada” (*EPI*:114, 1877). La indagación tiene como objetivo, entonces, alcanzar un estado de creencia estable, a salvo de la inquietud de la duda. Examina a continuación los métodos empleados por la humanidad, a lo largo de la historia, para establecer

⁸ Además de los ya citados, las “Ilustraciones de la Lógica de la Ciencia” contienen los siguientes artículos, publicados en 1878: “La doctrina de las posibilidades”, “La probabilidad de la inducción”, “El orden de la naturaleza” y “Deducción, inducción e hipótesis”.

creencias —tanto en la vida cotidiana como en la filosofía y la ciencia—. Dichos métodos son cuatro: 1) la *tenacidad*, que consiste en el mero aferrarse en forma obstinada a las creencias que ya se profesan; 2) la *autoridad*, es decir, la imposición de creencias al conjunto de la sociedad por parte de un grupo dominante; 3) el método *a priori*, típico de los metafísicos, que consiste en adoptar sus proposiciones fundamentales porque parecen “agradables a la razón”; 4) el método *científico*, que permite establecer las creencias “no por algo humano, sino por algo permanente externo, por algo en lo que nuestro pensamiento no tenga efecto alguno” (EP1: 120, 1877).

En el orden en que Peirce los presenta, cada uno de los métodos de fijar creencia representa un estadio superior respecto al anterior. Los tres primeros no pueden garantizar la estabilidad de nuestras creencias por mucho tiempo. Contra la tenacidad atenta nuestro impulso a la sociabilidad, esto es, al intercambio amigable con otros —otros individuos, otras culturas— que nos lleva a confrontar nuestras creencias con las suyas y brinda la ocasión de comenzar a dudar. Tampoco hay autoridad que pueda lograr un control absoluto sobre toda creencia, siempre hay resquicios de libertad por los cuales un hombre se atreve a pensar de un modo diferente al del conjunto. El método *a priori* se verá asimismo amenazado por la experiencia: tan pronto se advierta que lo que se cree contradice los hechos, se verá minada la confianza que se había depositado en esa creencia. Frente a estos métodos, el método de la ciencia tiene la ventaja de ser constreñido por los hechos externos. Al hablar de algo externo que afecta “nuestros sentidos” no se refiere con esta expresión a la sensibilidad individual sino a algo que ejerce su influencia, o puede ejercerla, sobre todo hombre.

De esta manera llega Peirce a establecer la “hipótesis de realidad” como la hipótesis fundamental del método científico:

Tal es el método de la ciencia. Su hipótesis fundamental, expresada en un lenguaje más familiar, es ésta. Hay cosas reales cuyas características son enteramente independientes de nuestras opiniones sobre las mismas; estos reales afectan a nuestros sentidos siguiendo unas leyes regulares, y aun cuando nuestras sensaciones son tan diferentes como lo son nuestras relaciones a los objetos, con todo, aprovechándonos de las leyes de la percepción, podemos averiguar mediante el razonar cómo son real y verdaderamente las cosas; y cualquiera, teniendo la suficiente experiencia y razonando lo bastante sobre ello, llegará a la única conclusión verdadera. (EPI: 120, 1877)

Los primeros tres métodos —señala Hookway⁹— entran en conflicto con esta hipótesis de realidad. Los dos primeros hacen que lo verdadero sea determinado por la voluntad de un individuo o de un grupo. El segundo, si bien produce consenso entre los miembros de la comunidad particular sobre la cual se ejerce la autoridad, no puede extenderlo sobre todo agente racional. El tercero está en mejores condiciones para producir tal consenso pero tiene el defecto de ser vulnerable a aquel factor

⁹ Cf. Hookway, C.: *Peirce*, Routledge, London-New York, 1992, p. 46.

que el método no tiene en cuenta: la acción de las cosas externas. Cada uno de los tres métodos contiene en sí el germen para el surgimiento de nuevas dudas. No ocurre lo mismo con el cuarto método. Aceptar el método científico, por el contrario, es aceptar la hipótesis de realidad y decidirse a emplear solamente aquellos métodos de investigación que puedan justificarse porque conducen al conocimiento de la realidad.

Vale la pena remarcar algunas de las importantes ideas de Peirce sobre las cosas reales, según vimos en la última cita:

- 1) Sus características “son enteramente independientes de nuestras opiniones sobre las mismas”.
- 2) “Estos reales afectan nuestros sentidos siguiendo unas leyes regulares”.
- 3) “Aprovechándonos de las leyes de la percepción, podemos averiguar mediante el razonar cómo son real y verdaderamente las cosas”.
- 4) “Cualquiera, teniendo la suficiente experiencia y razonando lo bastante sobre ello, llegará a la *única conclusión verdadera*”. (EPI: 120, 1877. Subrayado mío)

De (3) podemos decir que no se trata aquí de la cosa en sí kantiana. Si bien es cierto que las cosas nos afectan de determinada *manera* debido a nuestra peculiar estructura sensitiva, también lo es que podemos conocer cómo somos afectados y de qué manera. No hay, entonces, un abismo entre nuestras percepciones y ellas. Tampoco quedamos prisioneros de nuestras percepciones subjetivas (cercados por ellas), a la manera de los escépticos.

La conclusión verdadera (4) posee la unicidad de la realidad misma. No hay proliferación de mundos en Peirce. El hecho de que sea compartida por todos los que investigan lo suficiente, tiene que ver con (1), (2) y (3). Esto es, el acuerdo resultante no debe entenderse como un consenso de voluntades sobre alguna cuestión difícil a decidir, como las que se presentan a los cuerpos deliberativos de gobierno. Se llega a una única conclusión verdadera cuando se logra determinar cómo es esa realidad que “no depende de nuestras opiniones”. Una nota aclaratoria, agregada al texto en 1893, debería bastar para dejar sentado que el acuerdo final peirceano no debe entenderse como mero consenso:

Los cambios de opinión los provocan acontecimientos fuera del control humano. Toda la humanidad era de una tan firme opinión de que los cuerpos pesados tienen que caer más rápidos que los ligeros que cualquier otra idea era descartada como absurda, excéntrica y probablemente falsa. Con todo, tan pronto como algunos hombres absurdos y excéntricos lograron inducir a algunos de los partidarios del sentido común a considerar sus experimentos –tarea no fácil– se hizo evidente que la naturaleza no seguiría a la opinión humana, *por muy unánime que fuese*. (Nota 31, subrayado mío)

El ejemplo, la idea de que los cuerpos pesados deberían caer más rápido, ilustra claramente una de esas creencias de los científicos establecidas por el método *a priori*, es decir, sin tener en cuenta los hechos sino lo que es “agradable a la razón”. Surge desde ahora, entonces, uno de los rasgos

característicos de la noción peirceana de verdad, tal como lo expresará más tarde: "la esencia de la verdad se encuentra en su resistencia a ser ignorada" (*CP* 2.135, 2.139, 1902). Las proposiciones verdaderas, podríamos decir, son tales a pesar nuestro.

En "La fijación...", a mi juicio, Peirce deja establecida una relación estrecha entre investigación, realidad y verdad, a fin de escapar de la cosa en sí kantiana. La verdad que tiene en cuenta es la verdad accesible al conocimiento humano, no una verdad trascendente e inaccesible. Podríamos decir que quiere, además, justificar las formas de razonamiento probable mostrando su eficacia: son los métodos que nos conducen al conocimiento de la realidad.

En "Cómo aclarar nuestras ideas" (1878)¹⁰ encontramos más precisiones respecto a la relación verdad/realidad/comunidad y la formulación canónica de la máxima pragmática. Continuando con sus reflexiones en torno a la lógica de la ciencia, comienza el artículo protestando porque los lógicos se han adormecido sobre las nociones de claridad y distinción (de las ideas) sin explicar claramente ni siquiera la idea de claridad.

La primera lección que "tenemos derecho a pedir —dice Peirce— que nos enseña la lógica es la de cómo esclarecer nuestras ideas". En la historia de la lógica vemos que se ha considerado suficiente muchas veces la familiaridad con un concepto como ejemplo de claridad de la aprehensión. Pero la familiaridad (saber reconocerlo cuando se lo encuentra, saber usarlo) es apenas un primer grado de claridad. También se ha sobreestimado la definición abstracta de conceptos, considerando que quien la posee tiene también una absoluta distintividad del concepto en cuestión. Pero este es solamente un segundo grado de claridad y "nunca se puede aprender nada nuevo analizando definiciones". Pueden aceptarse estos dos grados apenas en la medida en que deseemos poner orden en nuestros pensamientos. Peirce, en cambio, aspira a un grado mayor de claridad, a un tercer grado:

Parece por tanto que la regla para alcanzar el tercer grado de claridad de aprehensión es como sigue: Consideremos qué efectos, que puedan tener concebiblemente repercusiones prácticas, concebimos que tenga el objeto de nuestra concepción. Nuestra concepción de estos efectos es la totalidad de nuestra concepción del objeto. (*EPI*: 125, 1878)

No analizaré esta máxima aquí por mor de la brevedad. Quiero regresar ahora sobre nuestra noción de verdad y su relación con la indagación, y recordarles que los métodos de la indagación consisten en razonar tratando de comprender (understand) lo real, por ello no es descabellado decir

¹⁰ Está publicada en *W3*, pp. 257-76, en *CP* 5.388-410 y en *EPI*: 124-141. Utilizo la traducción castellana de José Vericat en: *Charles S. Peirce. El hombre, un signo (El pragmatismo de Peirce)*, pp. 200-223. También disponible en <http://www.unav.es/gep/HowMakeIdeas.html>

que lo que Peirce tiene en mente es, sobre todo, la verdad de nuestras hipótesis: qué debemos esperar (experimentar y realizar) en el caso de que una hipótesis sea verdadera¹¹. Estamos ahora en condiciones de reproducir la noción (no definición) peirceana de verdad, no sin antes aclarar que el contexto de la cita es el de una elucidación pragmática¹² de otro concepto, el de realidad:

La opinión destinada a que todos los que investigan estén por último de acuerdo en ella es lo que significamos por verdad, y el objeto representado en esta opinión es lo real. Esta es la manera como explicaría yo la realidad. (*EPI*: 139, 1878).

Si bien esta caracterización está en línea con pensamientos anteriores de Peirce, puede llamar la atención el adjetivo “destinada” con el que califica a la opinión final. En una nota aclaratoria nos dice que destino “significa meramente aquello que con toda certeza se realizará, y no puede en modo alguno evitarse”. No hay que suponer que tiene un tinte supersticioso sino que se emplea igual que en la frase: “Todos nosotros estamos destinados a morir”. Nuestros métodos correctos de razonar científicamente van a dar, a la larga, a una opinión final, a una respuesta única para cada pregunta científica. Del mismo modo que la hipótesis de realidad está a la base de la lógica y del método científico, la verdad debe ser asumida como el fin —en el sentido de finalidad— de la investigación. En el mismo párrafo llama a la verdad “feliz esperanza” y “enorme esperanza”. Nadie investigaría si no tuviera la esperanza de encontrar la respuesta a las preguntas que hace o averiguar cómo son realmente las cosas. Bien pudiera suceder que “nuestra perversidad y la de otros” posterguen de hecho, indefinidamente, el establecimiento de la opinión final. De todos modos eso no cambia, para Peirce, la naturaleza de la investigación. Peirce cita aquí al poeta alemán W. C. Bryant cuando dice: “la verdad, sepultada en la tierra resurgirá de nuevo”.

4. La verdad en el pensamiento maduro de Peirce

Desde mediados de la década de 1880, la filosofía de Peirce exhibe un viraje hacia temas y motivos que serán característicos de su filosofía de la madurez. Max Fisch denominó a este período, con el nombre de “Arisbe”, no solo porque fue el nombre de la última residencia de Peirce sino también por la creciente influencia de la filosofía griega en sus reflexiones. Muy sumariamente, y omitiendo sus numerosos aportes a la lógica y a las matemáticas, podemos decir que este es el período “metafísico” de Peirce: en esta etapa final él desarrolla su metafísica científica, especialmente su teoría de las tres categorías y su cosmología evolutiva. Enriquece su ontología al admitir la realidad de las posibilidades, como así también la del reino de los sentimientos y de la

¹¹ Coincido plenamente con Misak cuando afirma que esto es lo más importante para Peirce: “Peirce considera que lo más importante que puede decirse sobre la verdad es una especificación de lo que podemos esperar de una hipótesis verdadera. Así, (...) no debemos esperar que las propiedades de la verdad que el pragmatista determina constituyan una lista exhaustiva”. Misak, Ch.: *Truth and the End of Inquiry. A Peircean Account of Truth*, p. 37.

¹² Para explicar mejor los tres grados de claridad que acaba de distinguir toma como ejemplo el concepto de “real”.

acción y reacción de los existentes. Se acentúa en este tiempo la religiosidad de Peirce, un rasgo algo incómodo para algunos de sus intérpretes pero de mucha relevancia para comprender su pensamiento. Peirce logra en esta época ensamblar de un modo armonioso muchas de sus doctrinas desarrollando una verdadera filosofía de la continuidad; algunas de las teorías que resultan así integradas son el pragmatismo y la semiótica.

Otra de las ideas centrales de la filosofía peirceana — nos dice Nathan Houser¹³— es que hay concepciones que son básicas para otras, y estas a su vez para otras, y así sucesivamente, al punto que podemos reducir nuestros diferentes sistemas teóricos (nuestras ciencias) a una jerarquía de dependencias. En la cima de esa jerarquía se encuentran las categorías universales. Esta conexión jerárquica de las concepciones proporciona la base para una clasificación de las ciencias. Veamos cómo resume Houser esta clasificación, ya nos brinda una idea sumaria del conjunto del pensamiento peirceano maduro:

Al ocuparse de las leyes de la relación de los fenómenos con los fines, la ciencia normativa trata de los fenómenos como segundos. Las tres ciencias normativas (estética, ética, lógica) se asociaban a tres tipos de bondad: la bondad estética (la estética considera “las cosas cuyo fin es dar cuerpo a cualidades del sentimiento”), la bondad ética (la ética considera “las cosas cuyo fin es la acción”), y la bondad lógica (la lógica considera “las cosas cuyo fin es representar algo”). Las ciencias normativas corresponden a las tres categorías y dependen unas de otras, también en orden inverso. La lógica (o semiótica), a su vez, tiene tres ramas: gramática especulativa, crítica y retórica especulativa (Peirce usa a veces nombres diferentes). La gramática especulativa estudia los requisitos para cualquier tipo de representación: es el estudio de las “condiciones generales para que los signos sean signos” (CP 1.444). La crítica es la ciencia formal sobre la verdad de las representaciones: es el estudio de la referencia de los signos a sus objetos. La retórica especulativa estudia la transmisión del conocimiento: se le puede denominar como ciencia de la interpretación.¹⁴

Hay en esta clasificación varios puntos dignos de nota para nuestro tema:

- 1) Las tres ciencias normativas, estética, ética y lógica estudian la relación de los fenómenos con los fines; ahora bien, esos fines, en cada caso serán: la belleza (o más precisamente *lo admirable*), el bien y la verdad.
- 2) Quizás resulte “extremo” el orden propuesto por Peirce: la lógica se subordina a la ética y ésta a la estética. Uno podría pensar, relacionando verdad, bien y belleza con los trascendentales escolásticos¹⁵, que las tres ciencias deberían estar en el mismo nivel puesto que cada uno de los trascendentales se *convierten* con el ser. Pero no es esta la opinión de Peirce.

¹³ Cf. Houser, N.: Prólogo a Peirce, C. S.: *Artikulu eta hitzaldien bilduma*, p. 3.

¹⁴ Cf. Houser, N.: Prólogo a Peirce, C. S.: *Artikulu eta hitzaldien bilduma*, p. 4-5.

¹⁵ No entraré aquí —puesto que excede por completo el objetivo de este trabajo— en discusiones acerca de si la belleza debe o no debe considerarse un trascendental del ser. Hay estudiosos que agregan sin demasiadas dificultades esta noción a la lista tradicional (*Unum, Verum, Bonum*).

- 3) La lógica es considerada como semiótica (la doctrina cuasi necesaria o formal de los signos) y sus tres partes estudian los tres elementos de los signos: el signo, su objeto y el interpretante.
- 4) Si bien toda la lógica dice relación al fin que es la verdad, hay una parte de ella, la crítica, que tiene por tarea tematizar formalmente la verdad de las representaciones, la cual se sitúa al nivel de la relación entre las representaciones (o proposiciones) y sus objetos. Así, la crítica es “la ciencia de las condiciones *necesarias* para alcanzar la verdad” (CP 1.445, subrayado mío) y abarca temas que tienen que ver con la verdad y la referencia¹⁶. La crítica estudia también los argumentos, los divide en “buenos” y “malos”, y clasifica los buenos según varios órdenes de validez (CP 2.203).
- 5) La retórica especulativa, es la ciencia de las condiciones *generales* para alcanzar la verdad. A veces Peirce la llamó también “metodéutica”. Abarca los problemas del significado y la interpretación, por ello “es probable que el pragmatismo, como una teoría del significado o de la investigación, pertenezca a esta rama”.¹⁷
- 6) El pragmatismo *no deberá interpretarse, entonces, como una filosofía* ni como un principio de la filosofía. Tiene un papel más acotado, a saber, el de una regla para aclarar el significado de los signos. Su lugar en la clasificación de las ciencias es en la lógica o semiótica y, dentro de ella, en la retórica especulativa (o metodéutica).

Vemos ahora claramente que la noción de verdad tendrá ahora, gracias al enorme desarrollo de la semiótica durante este período, ricos matices técnicos —en los que no tenemos tiempo ahora de profundizar— que nos permiten articular las nociones tradicionales de verdad en una única noción polifacética. La noción tradicional de correspondencia, por ejemplo, se analiza ahora como relación entre un tipo de símbolo, las proposiciones, y sus objetos. Verdad y falsedad son propiedades de las proposiciones. Cuando hablamos de verdad y falsedad —nos dice— “nos referimos a la posibilidad de la proposición de ser refutada; y esta refutación tiene lugar en un único sentido” (CP 5.569, 1901). A saber, nuestra proposición produce en nosotros la expectativa de una cierta descripción o percepción en una cierta ocasión. Cuando la ocasión llega la percepción es diferente de lo que esperábamos. Nuestra proposición es, entonces, falsa. Si la percepción es tal y como la esperábamos, la proposición es verdadera.

5. Conclusiones

Lo que antecede es apenas la punta del iceberg en torno a la verdad. Permítaseme resumir algo del resto sumergido. En el pensamiento maduro de Peirce, la noción de verdad se refiere al carácter indicial de nuestros signos: éstos están en relación referencial con sus objetos y los suponen existentes (como en la expresión “ese cerdo”, en el contexto de una conversación entre granjeros). En el caso de las proposiciones, que son signos complejos, la atribución de verdad tiene que ver con

¹⁶ Cf. Houser, N.: Prólogo a Peirce, C. S.: *Artikulu eta hitzaldien bilduma*, p. 10.

¹⁷ *Ib.*

la naturaleza del mundo: con que las cosas estén relacionadas allí del modo como nuestras proposiciones afirman que lo están. Pero hilando más finamente, Peirce hacia el final de su vida relacionará la verdad sobre todo con la aseveración: no es tanto en proposiciones pensadas o asentidas por mí donde radica la verdad sino que hay que buscarla, sobre todo, en lo que afirmo y niego frente a los demás. Al hablar a otros, asumo un compromiso social con la verdad de mis aseveraciones y ese compromiso implica un sistema de penalizaciones en caso de incumplimiento. La verdad se relaciona entonces con la ética, no solo por la relación de subordinación teórica que la lógica como ciencia tiene respecto a la ética, sino también en particular, con cada acto de aseveración.

Hay otro rasgo de la noción madura de verdad en Peirce que es menester destacar: la verdad como causa final. A menudo Peirce habla de la capacidad humana de formular hipótesis y realizar inducciones como de un *instinto*. Esto es, el instinto de adivinar cuál es la hipótesis correcta entre millones de hipótesis lógicamente posibles. En un texto de 1901 llama a este poder de nuestra mente un “instinctive scent for the truth” (*CP* 6.531, 1901). El término “scent” significa, en su forma sustantiva, olor, perfume, aroma; también pista, rastro. La forma verbal alude al olfato. Puede decirse entonces que la mente humana tiene —según Peirce— un olfato para la verdad, una capacidad de percibir el aroma de la verdad como quien percibe un rastro. Esta bella metáfora nos sirve para expresar el carácter de finalidad de la noción de verdad. Caracterizar la verdad como el fin u objetivo de la investigación, la sitúa claramente dentro del dominio de la causalidad final. Esa actividad humana que llamamos investigación tiende a un fin o está “influida por una causa final” (*W* 3, p. 8, 1872) en la medida en que busca averiguar cómo son las cosas. La búsqueda de la verdad señala, entonces, el sumo bien de nuestra actividad cognoscitiva y, por tanto, apunta al horizonte de perfección de nuestra humana naturaleza.